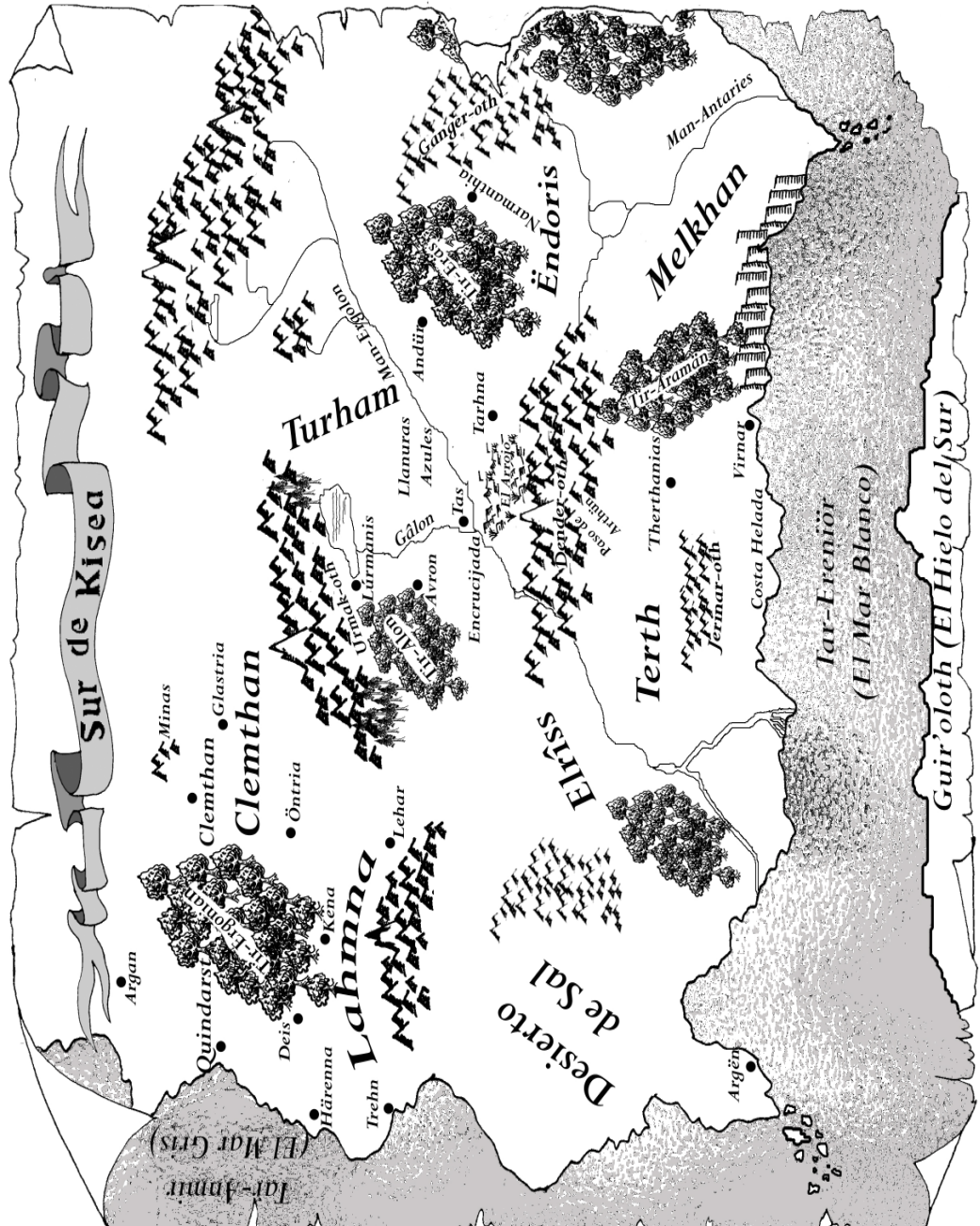
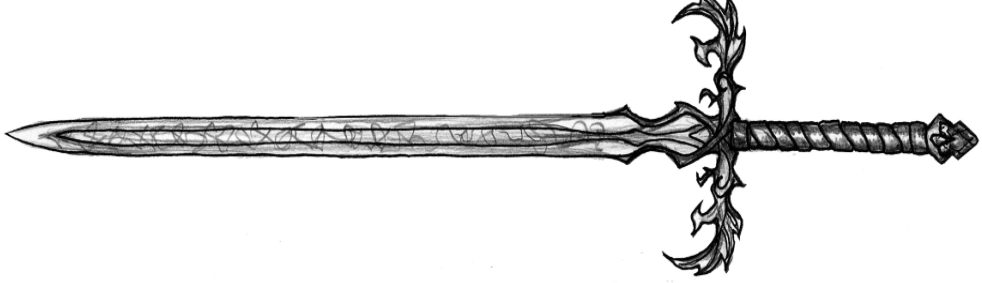


La
Maldición
de Hilena

Rayco Cruz

COLECCIÓN
ALTAHAY





Sur de Kisea

Argan

Minas
Clemthan • Glastria
Clemthan

Öntria

Quindars
Deis
Härenna
Trehn
Lahma
Këna
Lehar

Turham
Mor-Egolon

Llanuras
Azules
Gálon
Avron
Encrucijaday

Ias

Iarhna

El Agayör

Dyand's-oth

Eldris

Desierto
de Sal

Ganger-oth
Narnanbia

Endoris

Terth

Therthanias

Melkhan

Jermar-oth

Virnad

Costa Helada

Iar-Ereniör
(El Mar Blanco)

Guir'oloth (El Hielo del Sur)

PRÓLOGO

La literatura es un viaje.

Muchos dicen que es la forma más barata de viajar, pero yo creo que, a su modo, resulta terriblemente cara. Cara de sentimientos, de riesgos y de aventuras. De opciones y desafíos. Yo nunca me siento tranquilo cuando un libro desconocido cae entre mis manos, porque sé que si la prosa me atrapa y me arrastra con ella a los mundos que puedan estar ocultos entre las páginas, voy a experimentar miedo, y amor, y soledad, y una extensa pléyade de sensaciones que no sé si me acabarán conduciendo a buen puerto.

La Fantasía es un tipo de literatura particularmente idónea para arrastrarte a esos viajes dolorosos, cautivadores y llenos de peligro (peligro real, para el lector), porque te arranca de la vida cotidiana y, sin red, te lanza hacia los cielos de mundos sin límite cuyas reglas suspiras por conocer, y cuyos habitantes te suelen abrir las puertas sin pedir nada a cambio. Este género literario, tan denostado en la vulgar España desde los tiempos en que un viejo con una escupidera en la cabeza y un caballo famélico llamado Rocinante se lanzaron a buscar suerte en los caminos, es el género por antonomasia del siglo XX. El que más lectores ha tenido, y el que más campo abre para la experimentación en todas sus formas. Por supuesto, no toda la fantasía que se escribe es buena, igual que no toda la poesía ni todo el drama de denuncia social lo son. En este campo, como en

cualquier otro, tienes que escarbar un poquito entre la basura para extraer alguna joya que realmente colme tus expectativas. “El 90% de todo lo que se escribe es basura”, sentenció un conocido editor americano de los setenta. Y si no, que me lo digan a mí cuando salgo del cine de ver una película romántica especialmente tonta.

Cervantes se reía en su conocida (y sobrevalorada) obra de lo que luego hizo grande a Tolkien o Ende, la apertura de puertas que conducen a otros mundos donde la imaginación humana carece de límites y fronteras. Él se burlaba del pobre españolito de a pie que busca la magia en un terreno árido y donde ninguna flor mitológica puede crecer, el de la España pobre y rural, no necesariamente carente de sus propios mitos, pero sí que enfocados de otra manera muy distinta a como lo enfocan los anglosajones o los poetas de los países nórdicos en sus majestuosas Sagas.

España siempre ha sido España, y el “efecto Don Quijote”, ese sentir la épica como algo muy ajeno a nosotros, algo que sólo sucede en el extranjero (algo incluso dañino para el intelecto, capaz de volverte loco a la primera de cambio), siempre ha formado parte de nuestro bagaje cultural. Pero Cervantes se equivocaba, lamento decirlo. Los seres humanos somos perfectamente capaces de soñar con otros mundos sin necesidad de confundirlos con éste. Podemos enamorarnos de princesas de cuento que suspiran tejiendo banderas mientras aguardan el regreso de su amado, y podemos sufrir con las aventuras de pequeñas personitas que van recorriendo mundos increíbles con alguna misión a cuestas. Todos podemos ser Don Quijote, pero al que habría sido ideal, sin tener que renunciar al tan querido sentido común, y sin ponernos escupideras sucias en la cabeza. Podemos disfrutar de los libros y de su magia sin que ésta nos arrebatte la cordura, porque somos jóvenes y capaces.

En la actualidad, los españoles le han perdido el miedo al terreno de la fantasía, tanto literaria como pictórica o cinematográfica. Rayco Cruz pertenece a esa generación privilegiada de jóvenes que pueden, porque se los permite el mercado, renunciar al miedo a

perder el contacto con el suelo y volar en alas de la imaginación hacia mundos sólo entrevistos por ellos. Rayco ha crecido con referentes de la segunda mitad del siglo veinte, y eso se nota en sus textos. Igual que Spielberg se ha convertido en el dios que muchos cineastas hispanos tratan de imitar sin pudor ninguno, y sin que nadie les critique por ello, Tolkien ha hecho lo mismo con los escritores. “La maldición de Hilena” es una odisea de espadachines y magos, de panorámicas a vista de águila sobre paisajes de ensueño, de campos y murallas, de búsquedas y conflictos. Porque ya lo hemos dicho: para que haya literatura debe haber una búsqueda. Ésta puede ser interna o externa, breve o dilatada en el tiempo, inocua o letal, pero el protagonista siempre se sorprende a sí mismo, en cualquier momento dado de su existencia, buscando algo. Esto puede ser una persona, un sentimiento o un objeto específico que para él, y para el mundo en el que habita, trasciende la importancia material y se convierte en algo legendario, algo que posee importancia dramática y substancial en sí mismo, y sin la cual ese mundo no podría existir. Igual que en las Sagas de antaño, en cuyas estrofas también encontró inspiración el padre de los hobbits que tantos muñequitos venden hoy en día.

Dentro de los cánones que marca la literatura fantástica actual, a los que Rayco rinde sentido homenaje, sus personajes van más allá de los estereotipos y alcanzan una identidad propia, alejada del cliché básico del guerrero que en el fondo es héroe a su pesar, y de la hechicera que tiene una misión en la vida que no la deja ver nada más. La novela que tenéis entre las manos es fresca y original, avanza sin dar tregua al lector y te atrapa en escenarios y secuencias que podrían perfectamente ser visualizadas en una pantalla grande. Así de cinematográfica es la escritura de los jóvenes talentos que hoy en día despuntan entre tanto libro enlatado que nos llega del extranjero. Puede que esa sea la fórmula necesaria para acercar aún más la literatura fantástica al público masivo: verla desde un prisma único y alejado del tan cacareado estilo anglosajón.

Yo le deseo toda la suerte del mundo a Rayco y a su obra, porque él, como forjador de su propia mitología, está empezando a adentrarse en un terreno maravilloso en donde muchas sorpresas le aguardan. Deseo que este viaje no acabe nunca, y que él, como escritor, y al igual que hizo el campechano Quijote, persista en su esperanza de crear y explorar nuevos mundos hasta que la misma muerte le sorprenda un día entre sábanas. O mejor aún, entre libros.

Víctor Conde

Kleria sabía que aquello iba a ser complicado. Llevaba meses preparando el discurso con el que tenía que convencer al Consejo Carmesí y, por tanto a la Reina misma, de que aquello era necesario.

Y ese era el día. Llevaba ya un buen rato en la cama, despierta y mirando al techo, reuniendo ánimo para levantarse y ponerse en marcha. Era temprano, lo sabía por lo difuso de la luz que entraba en su dormitorio, con ese tono grisáceo que tiene la mañana cuando el sol aún no ha extendido sus brazos sobre Thera. Se levantó con mucha parsimonia, se acercó a la ventana, y la abrió de par en par. Una ráfaga de aire fresco procedente del norte le agitó los ya de por sí desordenados cabellos castaños. La ligera túnica que cubría sus brazos bien definidos se agitó en torno a su cuerpo, marcando cada una de sus curvas con la delicadeza del más exquisito de los amantes. Dilató el momento todo lo que pudo mientras observaba la ciudad que se despertaba a sus pies. Se encontraba en la Torre de la Guerra, un nombre tan estúpido como apropiado. En ella vivían las guerreras y las aspirantes a serlo, por lo que funcionaba como hogar y como escuela. Ella había aprendido allí las artes del combate, a pie y montada, a manejar la lanza, la espada, el escudo y un sinfín más de armas de todas las clases y tamaños. Era su casa, el único hogar que conocía.

Y ahora, si conseguía convencer al Consejo, tendría que abandonarlo para siempre.

Abajo, en el patio, las alumnas más jóvenes formaban ya en varias filas alineadas a la perfección. Desde la altura, Kleria no podía saber si tenían o no cara de dormidas, pero eso daba igual. Sus días comenzaban siempre de la misma manera, como lo habían hecho los suyos propios durante años. Lo primero era la formación y durante ese rato recibían las instrucciones del día. La que impartía la clase de esa mañana era Bedisha, lo que significaba que tocaba clase de estrategia. Kleria se descubrió a sí misma intentando entender las palabras que llegaban a sus oídos, pero estaba demasiado lejos y sólo podía distinguir sonidos incoherentes. Una sonrisa de nostalgia se dibujó en sus labios, pero sólo durante un segundo. No iba a tolerar una debilidad semejante en un día como ése. Lo importante era el futuro, no el pasado.

Y, sin embargo, iba a tener que hablar mucho del pasado si quería lograr su objetivo.

Dejó la ventana abierta y fue a cambiarse de ropa. Se puso unos pantalones de seda marrón y una corta túnica gris con las mangas abiertas. A la cintura se ciñó un cinto de piedras procedentes de las Islas Doradas que le parecía demasiado ligero sin el peso de una espada colgada de él. Y es que ese no era día de espadas. Ese día tendría que ganar la batalla con las palabras y la razón, algo que no se le daba demasiado bien. Se recogió el largo cabello castaño en una cola alta y, tras un último vistazo al espejo, uno de los pocos objetos decorativos con que contaba aquella humilde sala, salió del dormitorio.

Casi lanza un grito de sorpresa al ver a Anteria esperándola en el umbral.

—¡Madre! Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento, querida. Estaba a punto de tocar en la puerta. Venía a ver qué tal te iba. ¿Estás preparada?

Kleria dudó un momento.

—Supongo que sí.

Anteria tomó el brazo de su hija y juntas recorrieron los pasillos y escaleras de la Torre de la Guerra en dirección a la Torre de la Reina, donde se celebraría el consejo. Kleria pudo verla a través de una ventana en un quiebro antes de abordar la escalera que las llevaría al piso inferior. Era una estructura inmensa, mucho más alta que esa en la que se encontraba y su piedra blanca brillaba con las primeras luces del día. Adosada a ella y de construcción posterior, se encontraba otra obra de enorme magnificencia: el Salón del Consejo Carmesí.

—¿Estás segura de lo que haces? —le preguntó Anteria a su hija. Su voz no denotaba preocupación alguna. Era una mujer fuerte que había vivido mucho a pesar de que pocos cabellos blancos teñían aún su larga melena negra.

—Quiero creer que sí. Quiero hacerlo, pero temo no estar preparada.

—¿Por qué estás tan empeñada? No tienes ninguna garantía de éxito.

—Lo sé madre, pero siento que debo hacerlo. Tú mejor que nadie sabes que el exterior llama con fuerza. Más allá de nuestras fronteras hay un mundo enorme que quiero conocer. Pero reconozco que me da mucho miedo.

—Quiero que recapacites una vez más. Fíjate en mí, lo que he sufrido por ese afán de salir. No me ha traído más que desgracias.

—¿Así que yo soy una desgracia? —preguntó Kleria en tono de broma.

—Tú eres lo único bueno que me traje del exterior —respondió Anteria—. Thera es un mundo frío y los Hombres son despreciables y pendencieros, sucios y peligrosos. Piénsatelo bien. Yo llevo veinte años sin poder entrar a un templo, sin poder participar en los festejos. Soy una Paria. ¿Quieres eso para ti?

Se encontraban ya frente a la entrada del Salón del Consejo Carmesí. Un pequeño grupo de mujeres esperaba el momento adecuado para entrar, nerviosas y agitadas. Kleria se detuvo y se giró hacia su madre con la determinación grabada en su rostro.

—Prefiero ser una Paria que una presa, madre. Me arriesgaré. Si consigo mi propósito no se atreverán a negarme la entrada en ningún sitio. Jamás.

Kleria no había estado nunca en el interior del Salón del Consejo Carmesí y, como le pasa la primera vez a todo el que tiene el privilegio de verlo, se quedó sin aliento. Era una sala enorme cuyas paredes de piedra de color marfil estaban decoradas con infinidad de tapices exquisitos en los que se contaban las más festejadas victorias de su pueblo. Eran obras de arte de incalculable valor. El techo del Salón se encontraba a muchos metros sobre su cabeza coronado con una enorme cúpula que dejaba entrar el sol de la mañana iluminando toda la estancia sin que quedara resquicio de sombra. Según contaba El Libro de los Hechos, la mujer que diseñó la sala tenía el encargo específico de que ningún punto quedara sin luz para evitar que algún malintencionado pudiera usar las sombras como parapeto. Lo había conseguido y su nombre era recordado muchos siglos después.

Kleria tuvo ocasión de apreciar cada detalle del Salón, pues antes que su petición había otros asuntos de estado que atender. Este tiempo le sirvió para calmar sus nervios y conseguir algo de aplomo. Una vez superada la impresión causada por la magnificencia del lugar, pudo volver a concentrarse en lo que tenía que decir y aprovechó para intentar analizar a los miembros del Consejo para ver cuál podía ser más receptiva a su petición y cuál le pondría más problemas. No conocía el nombre de ninguna de ellas así que sólo tenía sus palabras al emitir los juicios previos al suyo y sus expresiones al escuchar las explicaciones y peticiones que recibían. Pero por

mucho que se fijó, no consiguió obtener ninguna conclusión. No sabía cómo podían reaccionar.

Por fin llegó su turno. Ahora sentía esa calma fría y tensa que experimentaba justo antes de comenzar un combate o una batalla. Era la tranquilidad que le proporcionaba el saber que se aproximaba lo inevitable y que a partir de ese momento todo dependía exclusivamente de lo que ella fuera capaz de hacer. En combate, su voz era el sonido de su espada cortando el aire, de su arco, alto y delicado, haciendo silbar una flecha con penacho de pelo de morsa, pero allí su voz era real y era la habilidad que peor usaba. Su madre siempre le había dicho que era demasiado impulsiva y, si bien eso era una virtud en la guerra, en la oratoria era un grave inconveniente. Mientras subía al estrado, sentía muchos ojos fijos en ella. Anteriormente había tenido que quedarse fuera debido a su condición de Paria, que le prohibía formar parte de cualquier acto público. Para hacer cumplir la Ley, las zágheras eran un pueblo muy estricto.

Tomó la palabra Medrixa, portavoz del Consejo Carmesí, poniéndose en pie. Era una mujer más joven que las demás, aunque no por ello menos sabia. Era alta, de largo cabello castaño y rostro severo que enmarcaba unos profundos ojos negros. El cargo de portavoz se otorgaba a los miembros más jóvenes debido a que su participación era más activa y necesitaba estar más tiempo de pie. Ocupaba la posición más adelantada y cercana al estrado en el que se había situado Kleria, también erguida. Detrás de Medrixa y de cara al atril sobre el que se situaba la mujer que necesitaba hacer oír su voz, se encontraba sentado el resto del Consejo en completo silencio: las veinte zágheras más sabias y experimentadas situadas en graderío para poder tener una visión perfecta de lo que allí ocurría. Todas sin excepción vestían túnicas color carmesí, de ahí el nombre con el que se conocía al grupo desde su instauración siglos atrás.

—Toma la palabra Kleria Hurgol, hija de Anteria Hurgol. Puedes empezar.

Kleria había esperado en vano que, por una vez, el protocolo hiciera una inesperada excepción y no se mencionara a su madre. Aunque todas sabían quién era ella, su mención había generado un murmullo entre las asistentes.

Un sirviente varón, menudo y calvo se acercó con una bandeja y una jarra de agua cristalina que depositó en una mesa baja junto a su atril y se alejó de nuevo sin siquiera levantar la mirada hacia ella. Sabía que, de hacerlo, se arriesgaba a un severo castigo.

—Doy gracias al Consejo Carmesí —comenzó Kleria consiguiendo a duras penas que no le temblara ni la voz ni el pulso— por permitir que me dirija a vuestras mercedes para exponer mi petición.

—Se aceptan —respondió Medrixa siguiendo el protocolo—. Comienza, por favor.

—Pido permiso formal para abandonar temporalmente Krahedía— Ya estaba dicho. Ya no había vuelta atrás.

Un nuevo murmullo de los asistentes llenó el Salón.

—Tú mejor que nadie —respondió Medrixa cuando se hizo otra vez el silencio— conoces bien la opinión del Consejo sobre ese asunto, Kleria. ¿Qué motivo podrías tener para realizar tal petición?

—Deseo partir en busca del Libro de los Nombres.

Esta vez lo que surgió no fue un murmullo, sino un rugido procedente de los asistentes mientras se preguntaban unas a otras si habían oído bien, si aquella insensata había mencionado la Maldición de Hilena.

Medrixa tuvo que hacer uso de la pequeña campana dorada que reposaba apacible sobre su atril para imponer el silencio. Después se dirigió a la audiencia.

—Al próximo escándalo se desalojará el Salón y continuaremos en privado.

Nadie quería perderse el final de aquella vista, así que el silencio se restableció de inmediato. Medrixa retomó la palabra con calma y se dirigió a Kleria.

—El Libro lleva siglos desaparecido, Kleria, ¿qué te hace pensar que podrás encontrarlo? Otras antes que tú lo han intentado en vano.

—He estudiado a fondo la Historia en lo referente al Libro. Creo saber todo lo necesario desde su origen hasta su desaparición a manos del Despreciable. Creo que es un objeto sagrado que debe sernos devuelto. Además, quiero matar a ese hombre más que a nada en el mundo. Jugó con nosotras y se aprovechó de nuestra debilidad. Debe ser castigado.

—¿Eres consciente de que eso ocurrió hace casi quinientos años? Su propietario debe haber muerto ya. El Libro puede estar en cualquier parte.

—El Despreciable era un poderoso hechicero. Se dice de ellos que pueden vivir varias vidas, así que puede seguir respirando en algún sitio. En cualquier caso, alguien pagará por sus pecados, si no él, lo harán sus descendientes.

Estas palabras fueron aplaudidas por la concurrencia, pero recordando la advertencia de Medrixa, el silencio se restableció en un instante.

—¿Tienes alguna pista sobre dónde debes comenzar la búsqueda?

—Sólo sé donde vivía el Despreciable antes de acudir a nuestra llamada. Empezaré por ahí. Seguiré sus pasos, pues estoy convencida de que en algún sitio estará reflejada su historia. Debe haber dejado alguna huella en el mundo.

La determinación que mostraba la voz de Kleria era la propia de una gran guerrera. Sus nervios habían desaparecido del todo, su pulso era firme y hablaba con la convicción de quien está seguro de hacer lo correcto.

—¿Eres consciente del riesgo que supone salir de Krahedía?

—Sí, su merced. El exterior me ensuciará, por lo que a la vuelta seré considerada impura y se me impedirá la entrada a los

lugares sagrados y no se me permitirá participar en los actos públicos. Me convertiré en una Paria.

—¿Y estás dispuesta a realizar ese sacrificio a pesar de todo?

—Sí, mi señora. Creo que la búsqueda que me dispongo a iniciar es importante para nuestro pueblo, para restituir el honor que vilmente se nos robó.

Medrixá miró a Kleria largamente. Por fin, habló de nuevo.

—El Consejo ha escuchado tu petición. Ahora debe deliberar. Por favor, abandona el estrado y vuelve a tu sitio. Serás llamada de nuevo.

Dicho esto, Medrixá se reunió con el resto de mujeres y comenzó la deliberación. Sus rostros eran inescrutables, por lo que Kleria no fue capaz de distinguir en ellos pista alguna sobre el resultado de la consulta. Por fin lo había hecho. A su alrededor, la gente susurraba su nombre. Una mujer se le acercó y le deseó suerte con ojos llenos de admiración. En el fondo, a la zágghera le habría gustado que la vista se hubiera hecho privada. Sabía de sobra la polémica que suscitaría su petición y no quería adquirir ningún tipo de notoriedad.

Después de un largo rato, Medrixá volvió a su puesto y llamó a Kleria al estrado.

—El Consejo se ha pronunciado respecto a tu petición: tu solicitud queda denegada. Una guerrera valiosa y experimentada es más útil en Krahedia que vagando por toda Thera en busca de un mito, de un objeto cuya existencia a día de hoy se pone seriamente en duda.

Kleria no podía creer lo que escuchaba por mucho que creyera estar preparada para ello.

—El Consejo ha hablado. Puedes retirarte.

Pero la zágghera se quedó donde estaba.

—No puedo creerlos.

Medrixá se puso en pie con una mirada feroz.

—No tienes permiso para hablar. Retírate Kleria.

—¡No!

El silencio se hizo en el Salón. Aquello prometía y todos los espectadores sabían que la cosa se iba a poner fea. Las decisiones del Consejo no eran apelables y su palabra era única. En muy raras excepciones se contradecían una vez dado el veredicto.

Kleria se dio cuenta de que estaba a punto de cometer un grave error, así que bajó la cabeza y dijo en voz baja:

—Pido disculpas al Consejo por mi tono. Sólo deseo un turno para hablar, por favor.

Medrixa dudó un instante y miró a su espalda. El destino de su mirada era una mujer anciana situada en el centro del grupo. Aunque su rostro estaba surcado por centenares de arrugas, sus ojos eran vivos y jóvenes, llenos de luz. Medrixa esperaba la decisión de la presidenta del Consejo, Galexia, para otorgar a Kleria un sorprendente turno de réplica. Con un asentimiento, la anciana consintió.

—Kleria —dijo Medrixa— se te ha concedido algo rara vez otorgado. Usa bien el tiempo que este Consejo te concede.

—Gracias de todo corazón, sus mercedes. Sólo quiero haceros una pregunta, si tenéis a bien: ¿ninguna está dispuesta a restablecer el honor de nuestra primera reina, Hilena, que fue vilmente engañada por el Despreciable, que aprovechó su muerte para robarnos el mayor don que nos otorgaron nuestros dioses? ¿Es que nadie quiere venganza? ¿Qué importa que aquello ocurriera ayer o hace miles de años? El daño se hizo y alguien debe repararlo. Todas conocemos la historia de Hilena, su valor y su bondad. Su sentido del honor y su fuerza. Y sabemos que su muerte fue voluntad de los dioses. Pero en su ella no hubo honor, no hubo bondad. El Despreciable se aprovechó de nuestro dolor y nuestro luto para robarnos ante nuestra puerta y desapareció para siempre. ¿Es que lo vamos a permitir? Se nos conoce por nuestra ferocidad en la guerra, por nuestra valía en el combate. Nuestros enemigos se rinden ante nosotras sólo con

vernos. ¿Vamos a tolerar esta mancha en nuestra historia? ¿No reclamaremos venganza?

De pronto ocurrió algo increíble. El público asistente comenzó a susurrar en respuesta a las palabras de Kleria. No como en ocasiones anteriores mostrando incredulidad, sino diciendo una palabra concreta. Al principio Kleria no podía entenderla, pero a medida que más gargantas se les unían, la palabra fue cobrando vida: ¡Venganza! ¡Venganza!

En unos instantes, todo el Salón vibraba con esa palabra reverberando en las blancas paredes hasta que no se escuchó ninguna otra cosa. Medrixa no hizo nada por aplacar a la multitud, pero el silencio se hizo de pronto.

Galexia se había puesto en pie. Kleria se quedó sin palabras. Nadie recordaba que aquella venerable mujer se hubiera pronunciado jamás en público. Aquello era inaudito. Le costó algo de esfuerzo, pero finalmente consiguió que sus piernas añejas la sostuvieran ayudada por sus dos asistentas, que acudieron raudas a su lado. Parecía que la mismísima piedra estuviera esperando sus palabras.

Cuando habló, su voz sonó débil pero nítida.

—¡Venganza!

PARTE PRIMERA
VIAJE Y SUEÑOS

1

El sol ya brillaba entre los pliegues de las cortinas del dormitorio cuando Nerak abrió los ojos al nuevo día. Permaneció tendido aún un rato más, disfrutando de la sensación de aturdimiento que se iba desvaneciendo mientras la conciencia ocupaba su sitio. Por fin, se despezó y se sentó en la cama cuyas sábanas estaban esparcidas por el suelo. Había sido una noche movida. Se levantó y comenzó el ritual de todos los días. Se aseó en la jofaina con agua fresca que descansaba junto a la cómoda y se vistió con unos pantalones de seda marrón y una túnica corta del mismo material en color gris. Se echó al cuello una ligera capa y salió a los pasillos. Era temprano aún y apenas había nadie que escuchara el eco de sus pasos.

El sótano estaba tan fresco como siempre y tan oscuro como a él le gustaba. Era una sensación muy curiosa, una gran contradicción vital, que fuera luciera un sol espléndido mientras allí se cernía la más negra de las noches. Y era en ese lugar donde más a gusto se encontraba, entre sombras apenas horadadas por la luz de las antorchas imprescindibles para poder ver. A veces, las apagaba todas para quedarse a oscuras, quieto en su gastado sillón escuchando el silencio. El resto del castillo le resultaba, con frecuencia, demasiado ruidoso. Prefería estar allí, entre sus libros, sus estudios y sus amigos de verdad.

Como cada día, se sentó en su escritorio y acercó una vela al enorme libro que tenía delante. Estaba encuadernado con unas espléndidas tapas de piel natural, aunque él no sabría decir a qué animal o persona habían pertenecido. Sus páginas de color marfil tenían la textura y el olor del papel recién escrito. Era un gran placer sentarse allí y mirarlo, simplemente, antes de abrirlo y consultarlo una vez más. Podía pasarse horas así, mirando sólo las tapas, pero ese día tenía otras cuestiones que atender y no podía entretenerse mucho, por más que quisiera haber relegado todas sus obligaciones con tal de poder quedarse todo el tiempo que deseara.

Con exquisito cuidado, abrió el libro. Sería como cada día: echaría un vistazo, comprobaría que todo estaba como debía y volvería a su vida, incluso olvidaría que existía hasta el día siguiente. En ocasiones, no tenía oportunidad de bajar. Esos días, el tiempo transcurría más lento, como si se arrastrara. Era una agonía constante que sólo se aliviaba cuando por fin podía acudir allí y abrir su libro. Pasó algunas páginas, muy despacio, disfrutando del momento, mientras buscaba lo que necesitaba. Allí estaba de nuevo. Nada había cambiado. Sus planes debían ir por buen camino, pero la fecha se acercaba y no parecía que terminaran de concretarse. Se preguntó si estaba haciendo lo suficiente, si estaba dando los pasos necesarios. De pronto, su mirada se clavó en un dibujo muy llamativo y una pregunta se instaló en su mente. ¿Podría ser...?

Se puso en pie de un salto y cerró el libro de un manotazo. Se había retrasado mucho. Una gota de sudor cayó por su sien derecha. Había estado cerca, a pesar de que sólo había sido un instante. Tenía que tener más cuidado. Sin embargo, la tentación era terrible y empezó a asustarse. Comenzó a escuchar un susurro a su alrededor, una voz sugerente que le decía que entre aquellas páginas podía encontrar lo que anhelaba, que todas sus dudas se resolverían. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para resistir la llamada.

Un escalofrío le erizaba el vello de los brazos.

Salió corriendo de su estudio como si la mismísima muerte lo estuviera persiguiendo.

Un buen rato más tarde, aún con el miedo en el cuerpo, Nerak recorría las calles de Quindarst escondiéndose en cada esquina para comprobar que nadie lo seguía ni reconocía su rostro. Se había cambiado de ropa, vistiéndose con una camisola gastada y unos viejos pantalones de cuero que usaba para viajar y que terminaban en el interior de unas botas ajadas. Se cubría el rostro con la capucha de una gruesa capa de piel que dejaba en sombras sus facciones. Estaba casi seguro de que nadie lo reconocería, pero aún así prefería no arriesgarse.

Tuvo que caminar un buen rato hasta que salió del Barrio de la Esperanza, o simplemente, Esperanza, el pomposo y estúpido nombre que le habían puesto a la zona que albergaba el castillo y los jardines reales, hasta llegar a otra zona con un nombre más propio: La Mugre. Este nombre englobaba a una amplia zona de la ciudad y su denominación era de lo más adecuado, pues las ratas y el moho eran los gobernantes absolutos.

No conocía demasiado bien La Mugre, pero se movía por sus calles con soltura y la confianza de quien sabe a dónde va. Por el camino se cruzó con todo tipo de gente: vendedores de baratijas viejas y sucias, mendigos, prostitutas, borrachos tirados por el suelo...Y aún era temprano. El verdadero movimiento comenzaría al caer el sol.

Nadie reparó en él, pero no podía dejar de mirar a todas partes, sabedor de que su presencia allí sería discutida si alguien se fijara en su rostro. Por fin, llegó a su destino, un oscuro callejón donde parecía no querer entrar la luz, y se detuvo ante una casa de madera que tenía aspecto de estar a punto de dejarse llevar por la llamada de la tierra. De hecho, sólo se mantenía en pie porque las construcciones de los laterales, más fuertes y modernas, la mantenían erguida.

Nerak tocó suavemente con los nudillos y la puerta se abrió con un crujido, puesto que ninguna cerradura la mantenía fija. Dentro, la oscuridad era casi total, a pesar de ser plena mañana. La estancia no tenía ventanas y la única fuente de luz era la producida por una pequeña estufa alimentada con leña. Un tubo medio podrido extraía el humo y le daba salida al exterior a través de un agujero en el techo. La casa era apenas un cuartucho que parecía haber sido invadido por la mugre que le daba nombre al resto del barrio. Nerak prefería no tocar nada ni averiguar lo que quedaba fuera de la pequeña zona iluminada. Lo que le interesaba estaba justo ante él. Recortada contra la luz de la estufa, una mecedora se balanceaba lentamente, sin hacer ruido alguno. No se distinguía ningún detalle, ni del mueble ni de la persona que se sentaba en ella, de espaldas a la puerta.

—¿Qué haces aquí? —la voz era aguda y rota, como si la generase una garganta poco acostumbrada a hablar. Nerak creía poder oler el hedor de su aliento desdentado desde allí, a varios metros de distancia, pero no estaba seguro de que no fuera un engaño de sus sentidos fruto de la repugnancia que le producía aquel lugar

—Te arriesgas mucho viniendo aquí. Ya no recuerdo cuando fue la última vez.

—Eso no importa —dijo el hombre—. Necesito saber que todo va según lo previsto. La fecha se acerca y nada ocurre. Algo va mal.

Hubo un rato de denso silencio antes de que la mujer volviera a hablar.

—Sabes cuál es el precio.

Nerak sacó un fardel tintineante y lo arrojó a los pies de la mecedora. Al caer se abrió y, a la luz de la llama, brilló al esparcirse por el suelo un puñado de monedas.

Con extrema lentitud, la mujer se agachó para recogerlas una por una y volver a meterlas en la bolsa. El hombre pudo ver las manos de una anciana de piel arrugada y oscuras venas que sobresalían como peñascos. Las uñas, largas y rotas, arañaban el suelo de madera podrida.

—Bien —dijo girando poco a poco la mecedora hasta situarse frente a su visitante —, ¿para qué podrías necesitar la ayuda de la vieja Krega esta vez?

La mujer estaba aún más envejecida que la última ocasión que la había visto. Su piel parecía papel mojado, arrugada y pálida, dejando entrever todas sus venas. Casi podía verse la sangre palpitando a través de ellas. Su sonrisa era una cueva oscura de la cual los dientes habían desaparecido a saber cuándo. El pelo era apenas una mata de hilos blancos desperdigados por el cuero cabelludo.

Vestía una capa polvorienta y llena de parches, tan vieja como su dueña.

—Necesito que mires en tu...bola —Nerak no podía evitar sentirse nervioso ante aquella mujer, a pesar de todo.

—¿No consigues ayuda de tu...amigo? —el tono de la vieja estaba rozando la burla.

—Esto no puedo pedírselo a él, no confío en su discreción.

—¿En la mía sí?

Nerak prefirió no contestar la pregunta capciosa. No le preocupaba lo que aquella pobre desgraciada pudiera decir de él.

—Hazlo —dijo él en un tono más duro.

—Vaya, el guapetón viene con energías hoy —se burló la vieja. A pesar de ello, comenzó a levantarse muy lentamente. Nerak tuvo la sensación de estar observando a un árbol mientras crecía. Parecía que nunca terminaría de ponerse en pie y, aún cuando consiguió sostenerse, apoyada en un bastón de madera basta, su espalda permaneció arqueada de tal forma que no podía erguirse del todo. Nerak no sabría decir si le inspiraba más asco, desprecio o pena. El tiempo parecía haberse detenido en aquel antro cuando, por fin, la mujer llegó a su destino. De un pequeño mueble sacó una masa de trapos que envolvía un objeto del tamaño de un melón mediano. Con él en la mano y con otro largo periplo, volvió a su mecedora y se sentó con un suspiro de cansancio.

—¿Qué necesitas ver, exactamente?

El hombre relató a la anciana lo que había ocurrido esa misma mañana. Un nuevo latigazo de temor recorrió su espalda, poniendo todos sus nervios de punta.

—Así que el Libro te ha hablado y no te han gustado sus palabras.

Krega rió y su risa era como papel de lija rozando un bloque de granito. Entonces, puso las dos manos sobre el amasijo de trapos y comenzó a tirar de varias puntas con exquisito cuidado. A pesar del aspecto y de los años que debía tener, su pulso era firme y sereno como el de una jovencueta. En unos minutos quedó a la vista lo que escondían aquellas sucias telas. Sobre su regazo reposaba una perfecta bola de cristal, negra como la noche y sin brillo alguno. Más que reflejar la escasa luz, parecía absorberla.

La mujer posó de nuevo las manos sobre la esfera y la acarició con cariño mientras una sonrisa boba se le dibujaba en el rostro y una gota de saliva se escapaba de ella para ir a caer entre los trapos y perderse para siempre.

En un segundo, la bola cambió. Un punto de luz apareció en el centro, en lo que parecía ser muy al fondo, difuso y apenas perceptible. Pero enseguida la luminiscencia creció y poco a poco se fue extendiendo por todo su volumen hasta congregarse en torno a las palmas de las manos de la anciana. Cuando el resplandor hubo ocupado toda la bola, Krega lanzó un breve gemido y sus ojos se pusieron en blanco. A pesar de eso, miraba el objeto con tal intensidad que parecía querer comprender todos los misterios de Thera sólo mirándola. Nerak, sin embargo, no veía nada. El fulgor fluctuaba como si una densa niebla estuviera contenida en el interior de la esfera, pero sus ojos no distinguían nada en ella. Si la mujer estaba observando algo, a él no se le mostraba y su inquietud crecía a medida que pasaba el tiempo y Krega no despegaba sus manos. Seguía allí clavado, de pie, sin atreverse a moverse ni hablar por miedo a romper el trance.

De pronto la mujer comenzó a agitarse. Empezó con un breve fruncimiento de la frente, como si estuviera viendo algo que no

podía entender. Sus manos, hasta ese momento apoyadas relajadamente sobre el cristal, se crisparon resaltando aún más sus venas oscuras. De pronto, lanzó un grito y soltó la bola que cayó al suelo con un golpe seco y se quedó allí, quieta, sin rodar en ninguna dirección. El cuerpo de Krega comenzó a convulsionarse y apoyó la espalda bruscamente en el respaldo del sillón. Sus ojos seguían con la mirada perdida.

Nerak se asustó, pero no por la salud de la mujer, sino por el temor de que muriera sin decirle lo que había visto. Superando su repugnancia, apoyó las manos sobre sus hombros para intentar detener los temblores.

—¡Krega! ¡Reacciona! —el hombre la sacudió con más fuerza de la que esperaba, pero no obtuvo respuesta. La mujer parecía estar a muchos kilómetros de allí.

Volvió a sacudirla, golpeando su espalda contra el sillón. Tan frágil era la mujer que con sus manos Nerak sólo sintió huesos bajo la piel. Parecía no tener músculos y temió romperle el cuello con las sacudidas.

Por fin, Krega reaccionó. Su iris y pupilas volvieron a su sitio y las convulsiones remitieron. La respiración de la mujer se fue tranquilizando poco a poco y Nerak la soltó con el alivio de poder quitar sus manos de aquellos hombros que parecían sostenerse en un cuerpo muerto.

—Krega, ¿me oyes? ¿Qué has visto?

La mujer tardó tanto en responder que el hombre pensó que se había ido para siempre. Pero de pronto sus manos hasta ahora firmes comenzaron a temblar y su ojos a moverse en todas direcciones. Nerak temió que hubiera perdido la razón.

—¿Qué has visto? —volvió a preguntar ansioso.

Esta vez Krega respondió con un hilo de voz apenas audible.

—Un hombre. Un gran poder.

Entonces la vieja recuperó la cordura y fijó la mirada en su visitante. En sus ojos Nerak creyó ver un profundo miedo.

—He visto unos ojos de color violeta...y ellos me han visto a mí.